

De *El Peneca* a *Papelucho*

Panorama histórico de la literatura infantil chilena desde la época de la Colonia hasta la actualidad

En los últimos años, la literatura infantil chilena ha sido revalorizada. Continuamente hay conferencias y ferias dedicadas al arte del buen libro para niños. Pareciera que los editores, maestros y padres han comprendido que es en la infancia cuando se forma verdaderamente el gusto por la lectura y que es necesario divulgar entre los niños aquellos libros que los formen espiritualmente, los cautiven por su fantasía y les enriquezcan su vida interior.

Los expertos han concordado en que los libros cultivan la sensibilidad del niño, fortalecen su individualidad, le desarrollan la imaginación, la capacidad para soñar y viajar a otros mundos distantes, además de contribuir a su perfeccionamiento idiomático.

Curiosamente, en un mundo tecnificado los libros han vuelto a los hogares y, cada vez más, las editoriales los publican cuidando sus detalles y sus ilustraciones, conscientes de que ellas educan también al niño en su gusto estético.

En Chile, el libro infantil se ha profesionalizado. Hoy se editan incluso con recomendaciones por edades y se publican críticas sobre ellos. No las suficientes, pero al menos es una señal de que hay un interés creciente por parte de los profesionales del libro y de la educación.

Orígenes de la literatura infantil

Nuestro país, a través de su historia, ha pensado en la infancia desde épocas remotas, cuando los indígenas –como en todo el

continente latinoamericano– contaban mitos y leyendas a sus hijos, transmitiéndoles una sabiduría ancestral de generación en generación. Eran historias portentosas de las que da cuenta el cronista español Alonso de Ercilla cuando escribe el poema épico *La Araucana* en el siglo XVI y describe sorprendido, a través de cantos, la estrecha relación que ve entre padres e hijos. Son los caciques quienes educan a los niños en el adiestramiento físico y en la narración de mitos que posteriormente van a ser recogidos por los estudiosos del folclor –Yolanda Pino, Ramón Laval, Oreste Plath– formando un importante acervo de narraciones de origen mapuche, verdadera cantera para la recreación de cuentos infantiles de origen vernáculo.

No se le escapan de la mira los niños y jóvenes indígenas a los españoles. Advierten sus costumbres, sus juegos de imitación de los animales –el pudú y el puma– y ven en ellos una extraordinaria capacidad física. Pronto, con la difusión del idioma castellano y de la religión que viene del imperio, los niños criollos participan en obras de teatro realizadas en el interior de los internados católicos.

Teatro y folclor infantil

A mediados del siglo XVII existía en Santiago el colegio jesuita Convictorio Carolino, donde los sacerdotes realizaban con niños y jóvenes una serie de obras inspiradas en pasajes bíblicos, misterios y autos sacramentales. En el año 1663 representan una de estas obras en la que toman

Manuel Peña Muñoz
Narrador, crítico e investigador literario. Doctor en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid. Cursó estudios de especialización en literatura infantil bajo la dirección de Carmen Bravo-Villasante. Miembro de la Sección Chilena del IBBY. Miembro del jurado del premio internacional de cuento para niños Raimundo Susaeta en 1995.



Andrés Jullian. *María Carlota y Millaqueo*. Andrés Bello. 1993

parte escolares. El historiador José Toribio Medina sostiene que la primera obra de teatro escrita en territorio chileno fue un sainete campesino en el que tomaban parte estudiantes. Más tarde, en el año 1792, se tiene noticia de la publicación de la obrita *El coloquio de la Concepción*, cuyo protagonista era un estudiante.

Junto con las representaciones escolares de carácter religioso o patriótico, se difunden los juegos que siempre tienen un sentido teatral. A los niños les gustan y pronto aprenden aquellas rondas, rimas, juegos de cordel, adivinanzas, trabalenguas y juegos de prenda que provienen de España, pero que en nuestro suelo se folclorizan y adquieren carta de ciudadanía propia tiñéndose del aroma de nuestros campos: aroma de albahaca, de menta, de yerbaluisa y de cedrón. Las madres arrullan a sus hijos con aquellas inefables canciones de cuna que son las primeras manifestaciones poéticas que escucha el niño:

"Duérmete, guagüita
duérmete por Dios
por los capachitos
de San Juan de Dios".

Enseguida vienen las primeras oraciones, los villancicos, el "Corre l'anillo, caballo" y los cuentos de brasero aromados a carbón de espino que se inician con aquellos versos decisivos como un conjuro:

"Para saber y cantar y contar para saber
estera y esteritas para secar peritas
estera y esterones para secar orejones.
No le echo más matutines pa'dejarlos pa'los fines
ni se los dejo de echar porque de todo ha de llevar.
Pan y queso pa'los tontos lesos
pan y vino pa'los paires Capuchinos
pan y pan pa'las monjas de San Juan
pan y afrecho pa'los burros de Ño Jecho
pan y cebá pa'los que no saben ná.
Esteras una vez..."

Desde luego que las tradiciones populares infantiles se mezclan con las culturas antiguas, de manera que no hay que sorprenderse cuando oímos de norte a sur del país un juego de pañuelo de origen quechua:

"Corre corre la huaraca
el que mira para atrás
se la pega en la pelá".

El pañuelo lleva un nudo porque simula una trenza, que es lo que en lengua indígena quiere decir "huaraca".

Los estudiosos recopilan cuentos de nunca acabar y fray Félix José Augusta recoge los primeros cuentos araucanos de labios de los indígenas, consciente de que allí hay una verdadera mina literaria para entregar a las nuevas generaciones.

Cartillas, catones y silabarios

Los españoles tienen afán de educar a la infancia y es así que traen a nuestro país las cartillas y catones para enseñar a leer. El Hospicio de Nuestra Señora de Atocha de los Huérfanos de la Ciudad Capital del Virreinato del Perú gozaba de privilegio de venta de las cartillas destinadas a enseñar a leer por el sistema del deletreo y las combinaciones silábicas. Estas cartillas se difundieron en toda la América española entre los siglos XVI y XVII. Los catones, a su vez, eran los primeros libros de lectura con oraciones, trozos morales y pequeñas biografías de santos adaptadas para los niños. Sólo en el siglo XVIII, al aumentar la población y aparecer asegurada su estabilidad, comienza a apreciarse una mayor demanda de lectura.

Se desarrollaron las bibliotecas particulares de las órdenes religiosas y de algunas corporaciones. Lógicamente, estas bibliotecas contenían libros para la infancia de carácter educativo que se importaban de España, como el *Discurso sobre la Educación Popular*, de Pedro Rodríguez de Campomanes, que fue recomendado por el secretario del Tribunal del Consulado, Anselmo de la Cruz, como libro de lectura obligatorio para las escuelas del país.

Lógicamente las cosas van a cambiar durante la Independencia después de que en 1812 surge la primera imprenta en la que se editó el primer periódico nacional: *La aurora de Chile*. Este hecho fue decisivo para la autodeterminación de lo que el país verdaderamente necesitaba. Fue así que en 1821 aparece el primer libro para niños editado en Chile, que fue la *Cartilla del Padre Zárate*, de Fray Pedro Nolasco Zárate, de la Orden de San Francisco. Con posterioridad vinieron otros libros de lectura, silabarios y métodos para enseñar a leer, como el famoso *Silabario del Ojo* (1884), de Claudio Matte, hasta que con el cambio de siglo

comienza una preocupación por las lecturas verdaderamente recreativas de la infancia.

El Peneca y otras revistas chilenas

En 1908, don Emilio Vaisse funda en Santiago la revista *El Peneca*, dirigida durante décadas por Elvira Santa Cruz Ossa "Roxanne" (1886-1960), una mujer extraordinaria que dio alas para la fantasía a muchas generaciones de niños no solamente de Chile, sino de Latinoamérica, ya que la revista circulaba por todos los países de nuestro continente llevando el milagro de la palabra bien escrita. *El Peneca* contenía fábulas, cuentos chilenos, poesías, narraciones tomadas del folclor latinoamericano y cuentos clásicos ilustrados por Coré (Mario Silva Ossa), un gran artista que dibujaba sugerentes portadas a todo color y que formó la sensibilidad artística de muchas generaciones, hasta su muerte acaecida en 1950. *El Peneca* fue un suceso sin precedentes, ya que circuló ininterrumpidamente desde su fundación hasta 1960, manteniendo siempre la calidad artística y literaria. El tiraje era extraordinario; se editaban 240.000 ejemplares semanales que se distribuían a toda América Latina, llevando a muchos hogares las aventuras de "Quintín el aventurero", "Papa Rucha y su hijo Mote", "El Capitán Luna" y tantas otras. Simultáneamente, Chile tuvo algunas revistas importantes, entre ellas *El Cabrito*, *Simbad*, *Aladino*, *Mamita* y otras que desaparecieron cuando en los años sesenta hizo irrupción en nuestro país una verdadera avalancha de revistas de historietas norteamericanas de Walt Disney y Walter Lantz, entre otros, traducidas en México, lo que significó una notable pérdida de nuestra identidad cultural.

Los precursores

Blanca Santa Cruz Ossa, hermana de la directora de *El Peneca*, se destacó también difundiendo entre los niños chilenos la cuentística universal en hermosos libros que se han reeditado en Editorial Zig Zag, entre los que sobresalen *Cuentos araucanos*. En este último encontramos una versión mapuche de "La Cenicienta", prota-

gonizada por la bella Antú y Longopanqui, el hijo del gran toqui. Aquí, la muchacha desea asistir al gran Nguillatún o ceremonia indígena de invocación de los dioses y le pide a una varillita que ya ha echado brotes que le conceda sus deseos. Después de las danzas rituales, el joven enamorado la busca de ruca en ruca... Las alusiones a elementos propios de la cultura araucana nos emocionan fuertemente: los golpes del kultrún, la sonora trutruca, los silbidos de la pifilca, la muchacha vestida con chamal y adornos de plata...

Luego se destaca Henriette Morvan, quien, a fines de la década de los treinta, firmaba con un delicioso seudónimo: *Damita Duende*. Ella también llevó la magia de la palabra a tantos niños que se deleitaron leyendo *Doce cuentos de príncipes y reyes* (1938), *Doce cuentos de hadas* (1938) y tantos otros. Igualmente, Ester Cossani escribió en esta época *Leyendas de la quena*, de inspiración quechua, y *Las desventuras de Andrajo* (1942), su obra más representativa.

De este tiempo son *Los cuentos de mi tío Ventura* (1930), de Ernesto Montenegro, ambientados en San Felipe, muy bien escritos y con el sabor de la tierra campesina. Es una época en que se valoriza mucho el folclor y, por eso, Marta Brunet escribe sus famosos *Cuentos para Marisol* (1938), que tienen como paisaje la región del río Maule con sus torcazas, chincoles y pataguas. El libro va dedicado: "A los niños de Chile estas historias nutridas de la tierra nuestra que han hecho para ellos dos mujeres que los aman tiernamente" (se refiere a la ilustradora María Valencia). De este hermoso conjunto sigue siendo vigente por su poesía, originalidad y contenido el cuento "Por qué la loica tiene el pecho colorado", verdaderamente clásico.

Otra narradora inspirada en la tradición popular es Carmen de Alonso, creadora de *Medallones de sol* (1956) y *Cantaritos* (1958). Todos sus libros tienen un estilo poético y demuestran conocimiento en el arte de narrar cuentos. Igualmente hay que mencionar a Maité Allamand (1911) con *Alamito el largo* (1950), la historia de un árbol soñador e inquieto en las riberas del río Maule.





La poesía de Gabriela Mistral

Gran concedora de la infancia y preocupada de su condición social, la maestra rural que fue Lucila Godoy Alcayaga escribió poemas para la niñez desvalida bajo el seudónimo de Gabriela Mistral, nombre de arcángel y apellido de viento.

Nacida en Montegrande, en el valle del Elqui —tierra de vendimiadores y pastores a la que volvió siempre como se vuelve a la patria de la niñez—, Gabriela Mistral (1889-1957) escribió páginas notables inspiradas en el genuino folclor latinoamericano. Gustó principalmente de la ronda, el romance y la canción de cuna. Colaboró con los grandes educadores reformistas de Latinoamérica, principalmente con Vasconcelos en México, país que la acogió y la valoró desde sus inicios. Allí escribió sus *Lecturas para mujeres* y numerosos poemas infantiles:

“Una niña que era inválida
dijo ¿cómo danzo yo?
Le dijimos que pusiera
a danzar su corazón.”

En un país donde el niño es pobre y sin educación, escribe *Los derechos del niño* y reivindica su lugar en la sociedad: “El niño debe tener derecho a lo mejor de la tradición, a la flor de la tradición, que en los pueblos occidentales, a mi juicio, es el cristianismo”. La maternidad, el americanismo y el indigenismo fueron sus temas señeros, pero fundamentalmente el niño le preocupó siempre. En la actualidad, Gabriela Mistral está muy valorada en Chile a raíz de los 50 años de otorgársele el Premio Nobel en 1945. Roque Esteban Scarpa ha compilado sus valiosísimos artículos y ensayos —*Gabriela anda por el mundo* (1978), *Magisterio y niño* (1979)— en tanto que el poeta Jaime Quezada ha publicado, entre otros, *Poesía y prosa* y *Los motivos de San Francisco*, que contienen páginas bellísimas para los niños de Chile y Latinoamérica.

Otros poetas destacados que han sido precursores en el arte de escribir bellos poemas para la infancia han sido Max Jara, Juan Guzmán Cruchaga, Andrés Sabella, Oscar Jara Azócar, Robinson Saavedra, Oscar Castro y Efraín Barquero, continuamente reeditados en antologías de poesía infantil.

Marcela Paz y *Papelucho*

He aquí la obra más representativa de la literatura infantil chilena: *Papelucho*. La escribió Marcela Paz, seudónimo de Esther Hunneus de Claro (1902-1985), quien inició la serie de este niño típico de la clase media chilena que se expresa a través de un diario de vida con naturalidad y gran sentido del humor. La idea le nació a la autora cuando, antes de casarse, su novio le regaló una agenda con una página amplia para cada día. Así, empezó a escribir *Papelucho* (1947) al que le siguieron *Papelucho casi huérfano*, *Papelucho en la clínica*, *Papelucho historiador* y muchos otros que han hecho la alegría de muchos niños chilenos hasta el día de hoy, que continúa entreteniéndolo a las generaciones de los computadores.

El estilo rápido y conciso atrapa de inmediato y, pese al medio siglo transcurrido, *Papelucho* sigue conservando su frescura y su gracia inmediata y contagiante: “Pero mientras mi mamá hablaba, se había descolgado una araña del techo y trabajaba derecho por su propio hilo pateando sulfurosa. No sé por qué la dirigí telescópicamente a la cabeza de la tía Lala que era una verdadera torta de pelos brillantes”. La obra de Marcela Paz ha merecido distinciones internacionales, además de estar traducida a varios idiomas.

Nuevas tendencias en la literatura infantil

En 1964, Marcela Paz crea, por iniciativa de la escritora española Carmen Bravo-Villasante, la sección chilena de IBBY, que en la actualidad agrupa a los principales escritores cuyas obras literarias están dirigidas a la infancia. La misión de esta organización es promover los libros infantiles de calidad literaria, realizar visitas a colegios y difundir artículos especializados, dirigidos a maestros y bibliotecarios, en la revista *Colibri*.

Se destaca fundamentalmente por su larga trayectoria Alicia Morel (1921), una de las voces más conocidas y originales de nuestra literatura para niños. Uno de sus principales libros es *La hormiguita Cantora y el duende Melodía* (1956), que contiene diversos cuentos en los que predomina un

tono poético y una narrativa simple de personajes claros y diálogos concisos y armoniosos. Luego vienen *Cuentos de la pícaro Polita* (1973), *El increíble mundo de Llanca* (1977), *Perico trepa por Chile* (1978), escrito junto a Marcela Paz, *Viaje de los duendes al otro lado del mundo* (1988), *El árbol de los cielos* (1990), *Cuentos de la lluvia* (1993) y otros en los que predomina siempre el sentido poético, el humor y la fantasía, unidos a una rica cultura literaria. Su obra más relevante es *Cuentos araucanos, la gente de la tierra* (1983), inspirada en mitos mapuches, en la que recrea antiguas narraciones de origen indígena como "Leyenda de las lamparitas" y "Cuando el sol y la luna olvidaron la tierra". Por su simpatía y su llegada natural, esta hada-niña es en la actualidad una de las escritoras más leídas por los niños chilenos. Su experiencia en el teatro infantil la ha llevado a escribir también numerosas obras para títeres y para ser representadas por niños.

Siempre en la línea de la recreación de cuentos folclóricos se destaca María Luisa Silva, hermana de Coré el ilustrador de *El Peneca*. Esta autora ha escrito *El hombre cabeza de nieve* (1966), *Perejil Piedra* (1975), *Aventuras de tres pelos* (1975) y recientemente *Las calzas del brujo* (1993), con la rica imaginaria poética del cuento tradicional.

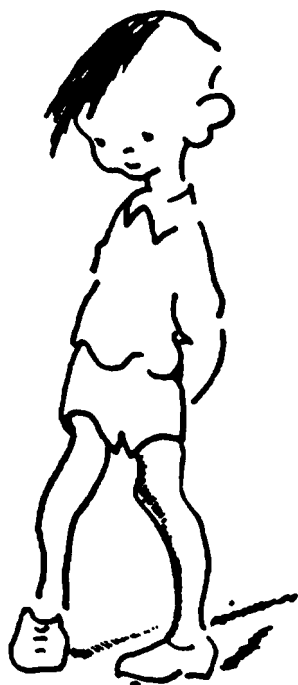
Dentro de los autores más modernos hay que destacar a Víctor Carvajal (1944), en la corriente del realismo social. Este escritor se inició con la obra *Cuentatrapos*, premio SM, uno de los galardones más importantes que se conceden en el mundo de habla hispana. La obra reúne un conjunto de cuentos ambientados en poblaciones de Santiago, protagonizadas por niños de barrios marginales. Le sigue *Chipana* (1986), novela basada en la venta indiscriminada a Estados Unidos de llamas, alpacas y vicuñas por parte de un pueblecito del norte de Chile. Un niño pastor de apellido Chipana salva a su manada escondiéndola en el valle. Este libro, de inspiración ecológica, conjuga una serie de leyendas, saberes populares y elementos míticos de ese pueblo nortino. Luego vienen *Fray Andrés, otra vez* (1989), inspirada en una creencia religiosa de una iglesia santiaguina, y *Sakanusoyin, el cazador de Tierra de Fuego* (1990), basada en la vida de un grupo de muchachos de la tribu

de indios yaganes, raza indígena desaparecida en el extremo sur de Chile, en un intento de reconstitución de un mundo cultural perdido. También es autor de *Como un salto de campana* (1992), donde se narra la historia de un niño, hijo de padres chilenos, pero nacido en Alemania en la década del setenta, que decide viajar a Chile a conocer a su abuelo materno a la isla de Chiloé. El libro mezcla la rica mitología chilota con los saberes germanos que trae el niño educado en un mundo europeo. Estos libros, inspirados en la realidad, se prestan mucho como base para el diálogo con los niños y jóvenes.

Dentro de la corriente psicológica se destaca Cecilia Beuchat con sus libros *Cuentos con algo de mermelada* (1987), *Cuentos con olor a fruto* (1989) y *Cuentos de perros, gatos y canarios* (1993), protagonizados por niños de la clase media santiaguina, que sufren por alguna causa y ven solucionados sus problemas gracias a la ayuda del afecto y la comprensión. En estos cuentos no hay hadas madrinas, pero la transformación se logra gracias al calor humano. La autora nos dice que muchas veces un buen consejo viene a equivaler a las palabras mágicas de los cuentos tradicionales.

Autora de gran sensibilidad poética y don de la fantasía es Jacqueline Balcells (1944), quien se inició escribiendo cuentos en Francia y que a partir de 1986, con *El niño que se fue en un árbol*, publica en Chile una serie de libros dotados de brillante imaginación y naturales condiciones para el género. sus títulos más relevantes son *El archipiélago de las Puntuadas* (1987), *El polizón de la Santa María* (1988), *La hacedora de claros y otros sueños* (1988), *El país del agua* (1991), *Cuentos de los reinos inquietos* (1993) y *Siete cuentos rápidos y cinco no tanto* (1993). Con Ana María Güiraldes, ha escrito una profusa obra para niños y jóvenes. Como si interpretasen piano a cuatro manos, estas autoras escriben "a dúo" libros tocados por la magia y el asombro. Son obras de ciencia ficción como *Aventura en las estrellas* (1987); de corte histórico como *Cuentos secretos de la historia de Chile* (1992); de corte policial como *Trece casos misteriosos* (1990) y, recientemente, de tipo detectivesco protagonizados por la adolescente Emilia.

Ana María Güiraldes es autora de una serie de libros en los que predomina un don



Papelucho

para la narrativa y una notable capacidad para jugar con las palabras, especialmente en sus creaciones para los niños más pequeños, en las que aparecen rimas lúdicas y onomatopéyas. Su primer libro es *Ratita Marite, la lombriz resfriada* (1985). Luego vienen otros libros ilustrados por su hermano Ricardo Güiraldes. Se destacan *Animales, animalitos y animalotes* (1987), *El mono Buenmozo y otros cuentos* (1987), *La pata Patana y otros cuentos* (1990) y, recientemente, una serie de novelas para jóvenes en las que predomina la capacidad para fabular entre la fantasía y la leyenda: *Un embrujo de cinco siglos* (Lista de Honor del IBBY, 1992), *El castillo negro en el desierto* (1992) y *El violinista de brazos largos* (1994).

También se destaca Saúl Schkolnik (1929), autor de una prolífica obra para niños. Este autor se inicia en el campo literario con *El cazador de cuentos* (1979), ganador del Concurso Latinoamericano de Literatura Infantil convocado por la UNESCO en Colombia. Luego publica muchos libros, entre los que se destacan *Cuentos para adolescentes románticos* (1979), *Érase una vez un hermoso planeta llamado Tierra* (1979), *Cuentos del Tío Juan, el zorro culpeo* (1982), *Breve noticia de mi infancia* (1984), *Antai, la historia del príncipe de los Licanatai* (1986) y *Cuentos ecológicos* (1993). Sus libros tienen tres variantes, una de divulgación científica y ecológica, otra de pura invención fantástica y otra de recreación de mitos orales chilenos o latinoamericanos.

Otros creadores son Manuel Gallegos, autor de obras de teatro infantil; María Eugenia Coeymans, autora de *La ovejita* (1987) y muchos otros "cuentos para conversar" escritos con el fin de reforzar afectivamente la psicología del niño; Elena Aldunate, autora de una serie de ciencia ficción protagonizada por Ur; y, más recientemente, Héctor Hidalgo, autor de *El pino de la colina* (1993), *Cuentos mágicos del sur del mundo* (1994) y *La pajarera de Manuel Encino* (1995), este último protagonizado por las principales aves de Chile.

En materia de poesía infantil sobresale María Luisa Silva. Sus obras principales son *Versos para soñar y jugar* (1989), *El cumpleaños del señor Pulpo y otros cuentiverosos* (1990), *Lirón, lirón, la luna en camión* (1991), *Los monstruos, los buenos mons-*

truos (1993) y muchos otros llenos de vitalidad, sentido del ritmo y del humor. Otros escritores son Felipe Allende, autor de *Mi amigo el negro* (1986) y Enriqueta Flores, autora de *Una niña llamada Ernestina* (1988), ambos ganadores del Premio literatura Infantil Marcela Paz, convocado por la Editorial Universitaria.

No podemos dejar de lado a los autores chilenos que han hecho carrera en el extranjero. Entre ellos, Isabel Allende, creadora de *La casa de los espíritus*. Su extraordinario sentido del humor y su innata capacidad narrativa la llevan a escribir en la década de los setenta, *El conde ratón* y *La abuelita Panchita*. Posteriormente entrega *La gorda de porcelana* (1980), relato en el que se evidencia su gracia para fabular y su capacidad para hacernos esbozar durante la lectura una permanente sonrisa. Escribió sus libros en Venezuela y Estados Unidos, país donde radica. Por su parte, María de la Luz Uribe se afincó en España con su esposo, el ilustrador Fernando Krahn, y ambos publicaron hermosos libros para niños en España y Chile, entre los que se destacan *La señorita Amelia* (Premio Apel.les Mestres, Barcelona 1983) y *Cuentecillos con mote* (1987) inspirado en la nostalgia de las cosas chilenas. Lamentablemente esta escritora, que desde Sitges pensó en los niños de Chile, falleció en 1993, dejando una hermosa herencia literaria para las futuras generaciones.

Finalmente hay que citar a Enrique Barrios, quien desde Argentina escribe la serie *Ami, el niño de las estrellas* (1986) y *Ami y Perlita* (1987), con un tono poético y filosófico.

También hay que decir que recientemente el Consejo Nacional del Libro y la Lectura, con la finalidad de promover la creación y difusión de la literatura infantil chilena, ha convocado a un concurso nacional en la modalidad de obras editadas en los géneros de novela, cuento y poesía, todo lo cual nos lleva a pensar que esta rama de la literatura infantil se ha potenciado notablemente en nuestro país y que es una auténtica posibilidad de realización personal para los nuevos profesionales en el arte de contar y encantar a los niños. ☐

Artículo publicado en: *Revista Latinoamericana de Literatura Infantil y Juvenil*. N° 3, enero-junio 1996. Fundalectura -Sección colombiana de IBBY-.